La construcción simbólica de la opinión pública

Raúl GARCÉS CORRA

garces@enet.cu

Universidad de La Habana (Cuba)

Recibido: 12 de marzo de 2007
Aceptado: 4 de mayo de 2007

RESUMEN

El artículo aborda el papel de los medios de comunicación como fuentes articuladoras del consenso social y la reproducción ideológica. Siendo la opinión pública una de las categorías más socorridas en el mundo contemporáneo para justificar ese consenso, se analizan las principales contribuciones que la prensa hace a su formación como categoría funcional al poder y al sostenimiento de las relaciones de dominación. En la segunda parte del artículo, se ilustran algunas operaciones de construcción mediática de la realidad, a través de un análisis de la cobertura ofrecida por el *New York Times* durante tres semanas previas y una semana posterior al estallido de la guerra contra Irak.

Palabras clave: opinion pública, comunicación política, guerra contra el terrorismo, construcción social de la realidad

The symbolic construction of the public opinion

ABSTRACT

This article deals with media roles in articulating consensus and reproducing establishment ideologies. It is analyzed *public opinion* as one of the most useful categories, invoked by journalists and politicians today, to illustrate consensus and to preserve the existing dominance relations. The last part of the article propose to examine specific media operations to construct reality, applying a methodology of discourse analysis to *The New York Times*´s coverage of Iraq´s war, three weeks before and one week after its outbreak.

Keywords: public opinion, political communication, war against terrorism, social construction of reality

SUMARIO: 1. Introducción. 2. El papel de los medios en la construcción simbólica de la opinión. 3. La guerra contra Irak en *The New York Times.* 4. Referencias bibliográficas.

1. Introducción

George W. Bush visitaba una escuela primaria de Florida cuando, en la mañana del 11 de septiembre de 2001, conoció de los atentados contra el World Trade Center de Nueva York. Primero supo del choque de un avión contra la Torre Norte del edificio y presumió la posibilidad de un accidente. Apenas unos minutos más tarde, retumbó en su oído la segunda parte del anuncio funesto: "Un avión se estrelló contra la otra torre. América está bajo ataque" (WOODWARD, 2002: 15).

Justo en el momento en que la noticia era comunicada al Presidente norteamericano, millones de personas en su país y el resto del mundo contemplaban espantadas el espectáculo del World Trade Center en llamas y su rápida transformación en una montaña de escombros de cemento y cristal. Desde Nueva York hasta Indonesia, desde Argentina hasta el último confín de Rusia, los espectadores de CNN –y de las televisoras que se encadenaron con ella– accedieron al mismo tiempo a un hecho que, sin dudas, dio un giro drástico a la Historia mundial.

El español José Luis DADER, en su artículo **"**Las teorías contemporáneas", describe a la opinión pública como un haz luminoso del cañón de luz de una sala de teatro: "la opinión pública sería ese haz de luz, caprichosa o aleatoriamente desplazado por el espacio de la sala, ora entre los espectadores, ora por el escenario. Durante un tiempo breve el cañón de luz ilumina –sacando del anonimato– unos aspectos de la sala o unas personas. La opinión pública sería en cada momento esa imagen recortada sobre la que eventualmente converge toda la atención lumínica. La opinión pública como proceso sería la suma de esos momentos iluminados" (DADER, 1990: 211)

Dader, de forma similar a otros autores (HABERMAS, 1997; NOELLE-NEUMANN, 1995; THOMPSON, 1998), asocia la opinión pública a un asunto de visibilidad, que existe en torno a hechos y temas suficientemente "iluminados" como para provocar la reflexión de amplios y heterogéneos sectores sociales. Los medios, en tanto instituciones generadoras de información y debate a escala masiva, desempeñarían un papel clave en la gestión de esa visibilidad. La recurrida frase "lo que no está en la prensa no existe" se relaciona claramente con las potencialidades de los medios –particularmente de la televisión– para llamar la atención sobre determinados eventos, actores o procesos. En este sentido, es obvio que los sucesos del World Trade Center no habrían desatado tanta zozobra inmediata, si no hubiera sido por la capacidad potencial de CNN de penetrar simultáneamente en 186 millones de hogares de todo el mundo.

En su sugerente texto *La era de la información*, Manuel CASTELLS (1998) asegura que el poder radica hoy, como nunca antes, en las redes de intercambio de información y manipulación de símbolos que relacionan a los actores sociales, las instituciones y los movimientos culturales. Los medios de comunicación, como protagonistas en la socialización de símbolos funcionales a la reproducción ideológica, ocuparían entonces un lugar privilegiado en las batallas por el poder. Constituyéndose en fuentes de definición e interpretación de la realidad, dando cobertura a algunos temas y

silenciando otros, otorgando fama y reconocimiento social a actores culturales y políticos selectos, reflejando patrones de comportamiento útiles para la construcción y reconstrucción de las identidades individuales y colectivas, los medios extienden sus potencialidades para ejercer la dominación simbólica a todos los espacios de la vida social contemporánea. Que se le conceda al poder simbólico tanta centralidad hoy es precisamente una evidencia confirmadora de la conclusión anterior, sobre todo dentro de un contexto donde ese poder se demuestra cada vez más habilidoso para legitimarse como algo natural, ocultando o disfrazando su condición intrínsecamente opresiva.

Stuart Hall, quien está muy lejos de afiliarse a construcciones teóricas sobre la omnipotencia de los medios, reconoce la importancia de estos para la producción y reproducción cultural –y por extensión ideológica– en la actualidad: "en el capitalismo avanzado del siglo XX, los medios de comunicación han establecido un liderazgo decisivo y fundamental en la esfera cultural. Simplemente en términos de recursos económicos, técnicos, sociales y culturales los medios de comunicación de masas se llevan una tajada cualitativamente mayor que los canales culturales supervivientes antiguos y más tradicionales" (HALL, 1988: 384).

Una perspectiva fundamental para entender este fenómeno se deriva del análisis de lo que John B. THOMPSON (1993) llama *la mediatización de la cultura moderna*. Para el autor inglés, la experiencia cultural e ideológica en el mundo de hoy está "profundamente moldeada" por la difusión de formas simbólicas a través de los diversos medios de comunicación masiva. Aunque los medios no son el único escenario donde se reproduce la ideología –entendida como significados movilizados para establecer y sostener relaciones de dominación–, está claro que "poseen un interés central no sólo como canales para la circulación y la difusión de las formas simbólicas, sino también como mecanismos que crean nuevos tipos de acción e interacción, esto es, nuevos tipos de relaciones sociales que se extienden en el tiempo y en el espacio" (THOMPSON, 1993: 291 y 292) La aparición y gradual extensión de los medios electrónicos –advierte el autor– multiplicó estas consecuencias al propiciar la difusión y propagación en una escala sin precedentes de los fenómenos ideológicos.

Aunque los estudios de Thompson asumen como su foco principal de atención las relaciones entre comunicación de masas, ideología y cultura, han traído a colación viejos problemas en torno a las influencias de la prensa sobre su entorno social y político más inmediato.

Las preocupaciones acerca de los efectos de los medios sobre las audiencias se remontan a los finales del siglo XIX y han recorrido una trayectoria variopinta, reveladora de enfoques tan diversos como las circunstancias históricas que les han servido de contexto. Más de un siglo después de iniciados aquellos estudios, su carácter muchas veces pluridisciplinario, las discrepancias acumuladas, las afirmaciones y negaciones cíclicas de determinados supuestos, ha evidenciado para los investigadores la dificultad de construir una sola explicación. Sin embargo, algo sí

ha quedado claro por el camino: subestimar el papel de los medios como agente de cambio social podría ser tan ingenuo y desacertado, como sobreestimarlo al estilo de las primeras teorías de la omnipotencia mediática (McQuail, 2000; Bryant y Zillmann, 1996; Vidal, 2002).

En su obra *Historia y Crítica de la opinión pública* Jürgen Habermas (1997) analiza las contribuciones que desde el siglo XVIII la prensa hizo, como fuente de publicidad y debate de los asuntos públicos, al funcionamiento más transparente y democrático del Estado social moderno. Según Habermas, el ideal de esfera pública en cualquier sociedad descansaría, cuando menos, sobre dos pilares básicos: suficiente nivel de información de los ciudadanos y disposición para implicarse activamente en la discusión racional sobre los temas de interés colectivo. La explosión de publicaciones políticas en varios países de Europa alimentó, en opinión del pensador alemán, la competencia entre argumentaciones y contra argumentaciones, dentro de un contexto donde importaba más la calidad de los propios juicios que el status económico o político de sus expositores.

Desde entonces hasta nuestros días, el papel de los medios como fuentes de información y debate, y como espejo donde se mira la opinión pública para identificar los juicios prevalecientes a nivel social, ha sido documentado por numerosas investigaciones. El desplazamiento de los estudios de efectos hacia los modelos cognitivos o *a largo plazo*, no ha hecho más que reforzar las hipótesis sobre la importancia de la prensa como inculcadora de normas, valores y patrones morales reproductores de determinado orden social y, por extensión, de visiones ideológicas dominantes.

2. El papel de los medios en la construcción simbólica de la opinión pública

Una sistematización del papel de los medios en la construcción simbólica de la opinión pública permitiría definir, entonces, funciones normativas como las siguientes:

a) Generan una ilusión de consenso, utilizando, entre otras vías, la invocación de la opinión pública como muestra del acuerdo social alcanzado en torno a temas cercanos a los intereses del poder. Está claro que la ideología se realiza eficazmente si contribuye a imponer una coherencia o unidad imaginaria (Hall, 1981: 381) en torno a determinados principios consustanciales al orden establecido. Se ha dicho igualmente que los medios unen planos heterogéneos de la realidad a través de representaciones constructoras de sentido, en correspondencia con visiones y puntos de vista dominantes (Serrano, 1978; Thompson, 1993). La opinión pública es entonces una de las metáforas más recurrentes de esa organicidad social (Noelle-Neumann, 1995; Price 1992; Bourdieu, 2006) en tanto fenómeno cuya sola mención sugiere la eliminación de las discrepancias entre los grupos y la ponderación de sus acuerdos.

Aunque es presumible que en la práctica existan varias opiniones públicas y que los temas álgidos susciten la controversia entre posiciones radicalmente encontradas,

los medios suelen hablar de "la opinión pública" como un todo único y, siempre que es posible, subordinan las potenciales divisiones dentro de ella al principio aliviador del consenso social.

El efecto *espiral del silencio*, comprobado empíricamente por Elizabeth Noelle-Neumann, confirma la centralidad de los medios en la generación de ese consenso, a partir de su socialización de corrientes de opinión predominantes a las que se sumarían, por miedo al aislamiento, nuevos adeptos. De esta manera la comunicación de masas haría una significativa contribución al control social, amplificando "climas", "corrientes de opinión", "estereotipos" o "ficciones" de opinión pública que, en la misma medida que se anuncian como mayoritarias, se sugieren como triunfantes y correctas.

b) Definen los temas de la discusión pública, disfrazando como demandas de los receptores o "preocupaciones de la opinión pública", algunos asuntos que en realidad han sido impuestos por la agenda política. No es este el lugar para describir las mediaciones económicas, políticas, tecnológicas o culturales que condicionan el proceso de selección y publicación de las informaciones de los medios, pero es sabido que los rituales de objetividad e imparcialidad por ellos defendidos se estrellan contra las imposiciones de la publicidad y el poder financiero (TUCHMAN, 1972, 1973, 1978). Las tendencias crecientes de concentración periodística y las alianzas cada vez más descubiertas entre los grupos financieros y los políticos, garantizan un camino a veces empedrado, a veces sin obstáculos, pero generalmente reproductor de la ideología dominante.

Como han demostrado elocuentemente las investigaciones sobre *agenda setting* (MCCOMBS, 1996; IYENGAR y KINDER, 1987; FUNKHOUSER, 1973), suele pasar que el público comente, debata, converse en torno a temas impuestos por los medios, haciéndolos suyos como cómplices de un ejercicio más o menos camuflado de violencia simbólica.

Junto al efecto de agenda, suele invocarse también el "proceso de definición de una estructura temática dentro de la comunicación pública" o *tematización.* Similar a la agenda setting, la tematización abarca, sin embargo, una teoría general de la opinión pública que trasciende las verificaciones empíricas y depende de percepciones, frases o temas de interés común (word fórmulas, según la concepción de Niklas Luhmann), con los cuales los integrantes de la colectividad social se reconocerían involucrados (DADER, 1990: 210) En este caso se confiere también a los medios un protagonismo en la construcción del espacio público y en la definición de "los límites temáticos o problemáticos en los que habrá de concentrarse la acción del gobierno". (Ibid.)

c) Encuadran el debate político dentro de límites "cómodos" para la reproducción ideológica. La propia investigación sobre el efecto *agenda setting* demuestra que los medios no sólo imponen como relevantes determinados temas dentro de la agenda pública, sino que también contribuyen en gran medida a la elaboración de "nuestras

imágenes del mundo" (McCombs, 1996: 17). Los estudios más recientes sobre este tema prefieren admitir un segundo nivel de *agenda*, en virtud del cual los medios proveerían a los públicos de determinados esquemas de interpretación para entender las noticias y, consecuentemente, su realidad circundante, en correspondencia con los intereses de poder hegemónicos que ellos representan (Scheufele, 1999)

En este sentido resultan promisorias las investigaciones sobre el efecto *framing*, iniciadas en los Estados Unidos y extendidas luego a otras partes del mundo (Iyengar, 1991; Scheufele, 1999; Jacoby, 2000). A pesar de las controversias y discrepancias que giran todavía en torno a este concepto, es posible encontrar en la literatura sobre opinión pública frecuentes referencias en torno a cómo los medios encuadran (*frame*) la realidad de acuerdo con determinados patrones culturales, políticos e ideológicos dominantes (McQuail, 1994; Tuchman, 1978; Gamson y Modigliani, 1989). El efecto *framing* se asociaría entonces a la capacidad de la prensa de construir socialmente la realidad y establecer marcos de referencia útiles para la discusión e interpretación por parte de las audiencias de los asuntos públicos.

d) Por último, es obvio que tanto el poder como los propios medios garantizan su reproducción siempre que se declaren portavoces de los mandatos y designios de la opinión pública. Al menos en teoría, las empresas periodísticas están obligadas a guardar fidelidad a sus mercados y a buscar un equilibrio entre los intereses del poder y los de sus receptores. La opinión pública se convierte así en una fuente de legitimidad indiscutible para los periodistas, si estos son capaces de presentarse a sí mismos como sus fervientes defensores.

Lo mismo sucede con los políticos. A medida que el poder se hizo más visible y vulnerable frente a los ojos del público, y a medida también que este se constituyó en instancia participante y protagonista dentro de los asuntos políticos, gobernar a sus espaldas se reveló como una torpeza irreparable. A la opinión pública se le puede desconocer, pero casi siempre a costa de pagar un precio alto a corto, mediano o largo plazo. Su invocación, en las democracias contemporáneas, contiene una fuerza ritualizadora similar a la que representaba Dios en las sociedades premodernas o la autoridad del Rey en las organizaciones sociales monárquicas.

Por supuesto que las funciones mencionadas no se cumplen por igual ni con la misma intensidad dentro de todos los sistemas mediáticos. El poder de la prensa como institución reproductora del status quo depende de múltiples mediaciones, entre las que figuran su autoridad y prestigio, el alcance mayor o menor que tenga la distribución de sus formas simbólicas, las capacidades económicas de las propias organizaciones mediáticas para realizar sus coberturas de noticias, su grado de sujeción a estructuras representativas del poder político e, incluso, las circunstancias de apropiación por parte del público de los contenidos periodísticos.

La conciencia de que esos factores –y otros muchos que podría mencionarse– inciden sobre el mensaje de los medios, ha multiplicado el interés por el análisis del

discurso como una de las metodologías apropiadas para examinar las relaciones entre textos y contextos, en correspondencia con una dimensión sociológica de la comunicación. Es lo que defiende John Corner (1995), cuando asegura que tan importante como las preguntas ***quién-dice qué-por qué canal-y con qué efectos*** formuladas por Harold Lasswell y retomadas en múltiples variantes por la investigación en comunicación, resulta la pregunta de ***cómo*** los medios construyen la realidad y qué inferencias pueden obtenerse de esas construcciones respecto a los intereses económicos, políticos, culturales e ideológicos que condicionan el discurso mediático.

En los inicios del siglo XXI, la literatura sobre Comunicación Política acumula ya una vasta tradición de análisis ideológicos de mensajes, concentrada, entre otros propósitos, en desentrañar los modos en que las formas simbólicas sirven al sostenimiento de las relaciones de dominación. La segunda parte del presente artículo estará consagrada a examinar, a través de la cobertura que ofreciera el *New York Times* al prólogo de la guerra contra Irak, algunos de esos modos, concentrándonos en seis aspectos fundamentales:

1. La correspondencia entre el discurso mediático y el político.
2. La manipulación del "clima de opinión" a través de las encuestas.
3. La marginación de grupos percibidos por el poder como "excesivamente trasgresores" del orden social establecido.
4. La orientación editorial hacia las fuentes oficiales.
5. La descontextualización deliberada de las noticias.
6. La espectacularización de la política.

3. La guerra contra Irak en *The New York Times*

3.1. Las armas de la manipulación masiva (o cómo hacer coincidir el discurso mediático con el discurso político)

Como en cada principio de año, la Sociedad Americana de Dialectos hizo pública en los primeros días de enero de 2003 la palabra o frase más popular para los norteamericanos el año anterior. Pero a diferencia de otras ocasiones, la selección anunciada esta vez no debió tomar por sorpresa a casi nadie en los Estados Unidos: "Weapons of mass destruction". "El término se remonta a cincuenta años atrás –comentó al *New York Times* Wayne Glowka, profesor universitario y Presidente de la sociedad–, pero hoy usted no puede encender la radio o la televisión sin escuchar "armas de destrucción masiva"[1].

Tenía razón. La campaña sobre la potencial amenaza representada por Hussein para la seguridad de los Estados Unidos había tenido éxito, según demostraban las

[1]. "W.M.D. Voted 2002's Word of the Year", en *The New York Times*, 6/01/2003.

encuestas aparecidas por doquier en la prensa de ese país. Un sondeo realizado por la cadena CBS a mediados de abril de 2003 estimaba que el 81% de la opinión pública daba por cierto el hecho anterior. Lo curioso es que dos años después, luego de que inspectores de Naciones Unidas y el propio Senado estadounidense desestimaran una y otra vez la presencia de las famosas armas, más de la mitad de la opinión pública norteamericana seguía apostando todavía a su existencia (AEI STUDIES, 2005[2]).

A las alturas de marzo de 2003, cuando los Estados Unidos comenzaran a lanzar sus ataques contra Irak, las evidencias de que ese país no poseía WMD resultaban suficientemente razonables. Para el jefe del equipo de inspección en Irak de la Agencia Internacional de Energía Atómica Jacques Baute, ya en 1998 "era completamente claro que habíamos neutralizado su programa nuclear. Existía unanimidad sobre eso". (MASSING en SUÁREZ, 2005: 72). El 14 de febrero de 2003, su homólogo en la UNMOVIC (Comisión de Naciones Unidas de Vigilancia, Verificación e Inspección), Hans Blix, alertaba también sobre la inexistencia de armas de destrucción masiva, tras inspeccionar sin restricciones no sólo Bagdad, sino también otras muchas zonas del territorio irakí[3]. Más que eso: de acuerdo con el periodista australiano John Pilger, tanto Collin Powell como Condoleeza Rice habían declarado a principios de 2001 su confianza en el desarme de Irak. "Él (Sadam Hussein) no ha desarrollado ninguna capacidad significativa respecto a las WMD", dijo entonces el Secretario de Estado norteamericano. "Sus fuerzas militares no se han reconstruido", aseguró su futura asesora en el cargo (MCLAREN, 296: 2004).

Pero esos indicios, ni otros emergidos después sobre las llevadas y traídas armas, fueron tomados en cuenta por la prensa de los Estados Unidos. A riesgo de simplificaciones, podría sugerirse que los medios, de conjunto con las élites políticas, encuadraron la discusión pública sobre este asunto en los términos de una hipótesis deductiva: ***si*** Sadam representa una amenaza para la seguridad mundial, ***si*** es un tirano irresponsable capaz de masacrar a su propia población, ***si*** no coopera suficientemente con los inspectores de Naciones Unidas, ***entonces*** tiene armas de destrucción masiva (aun cuando estas no aparezcan por ninguna parte).

De toda la prensa norteamericana, probablemente el *New York Times* no fuera el periódico más animoso en torno a una declaración de guerra de los Estados Unidos contra Irak. En los meses inminentemente anteriores al rompimiento de hostilidades, sus páginas editorializaron más de una vez sobre la necesidad de evitar apresuramientos excesivos en el camino hacia el conflicto ("El presidente Bush parece crecientemente impaciente por abandonar las inspecciones e ir a la guerra… Eso sería un error"[4]), advirtieron sobre las potenciales consecuencias de iniciar las operaciones

---

[2]. En lo adelante, algunas de las encuestas citadas pertenecen a un documento preparado por el American Enterprise Institute, fundado en 1943 con la denominación de American Enterprise Association y renombrado de la forma actual desde 1960. Se trata de un tanque pensante de ideología conservadora y con un papel activo dentro de las políticas propuestas actualmente por los neocon.

[3]. "Presentation Seems Unlikely to Sway Washington or Paris", en *The New York Times*, 14/02/2003.

[4]. "Lighting the fuse on Irak", *The New York Times*, 21/01/2003.

militares sin un amplio respaldo internacional ("Una guerra hecha sólo por América dejaría a Washington responsabilizado con la considerable carga política y financiera de reconstruir Irak como un país estable y democrático"[5]) y abogaron por acudir a Naciones Unidas a fin de agotar la alternativa diplomática o, llegado el caso, ganar aliados para la opción bélica ("Washington debe retornar al Consejo de Seguridad para ulteriores deliberaciones antes de usar la fuerza"[6]; "una operación tan compleja, fatal y potencialmente sangrienta como una invasión contra Irak… no puede ser percibida como una "guerra de América"[7]**).**

Pero más allá de las apariencias, el alineamiento del *Times* con las élites políticas de Washington podría deducirse de su negativa a cuestionar las causas reales de la cruzada militar contra Irak, de su renuencia a denunciar el argumento de las armas irakíes como el pretexto más recurrido por el poder a fin de legitimar la guerra y del "tono propositivo" con que el periódico alimentó al gobierno de Bush de razones para explicarla. Según el *Times*, por ejemplo, fue innecesario el tiempo invertido por Washington en intentar demostrar las conexiones Sadam Hussein – Al Qaeda, dentro de un contexto donde la naturaleza dictatorial del régimen irakí justificaba por sí sola una intervención militar. "Cada día trae nueva evidencia de que Bagdad está negándose a cooperar en su propio desarme y ocultando información vital acerca de su desarrollo ilegal de armas químicas y biológicas y misiles prohibidos. Ese es un comportamiento que, según reconocen incluso los miembros reticentes del Consejo de Seguridad de Naciones Unidas, pudiera justificar una acción militar. No hay necesidad para la Administración de arriesgar su propia credibilidad con afirmaciones no probadas de una alianza entre Sadam Hussein y Al Qaeda"[8].

En cierto sentido, la política editorial del *Times* evidenció astucia para lidiar con el tema de las armas de destrucción masiva. No pregonó demasiado su existencia en las páginas de opinión, pero apostó a descalificar al gobierno de Hussein con intensidad suficiente como para justificar la urgencia de una "guerra de liberación" que los irakíes agradecerían.

Un ejemplo ilustrativo de la práctica anterior fue un comentario del periodista Bill Keller publicado el 25 de enero[9], donde ponderaba la guerra como resultado de los ánimos justicieros norteamericanos, al tiempo que desestimaba el interés de su país en las reservas petroleras irakíes. Dicho con palabras de Keller, los Estados Unidos atacarían Irak por: a) su tenencia de armas de destrucción masiva ("Mr. Bush ha sido inteligente en enfatizar el daño que Sadam significa por su campaña implacable para adquirir armas de un poder horrible"**)**, la situación de ese país bajo el gobierno de

---

5. Idem.
6. "Wizard´s chess", *The New York Times,* 4/01/2003.
7. "Back to the United Nations", *The New York Times*, 13/02/2003.
8. "Elusive Qaeda Connections", *The New York Times,* 14/02/2003.
9. "Why Bush won´t wait", *The New York Times,* 25/01/2003.

Hussein ("este es un régimen bestial, crónicamente brutal y episódicamente genocida"), la necesidad de promover la democracia en el Medio Oriente tras la caída de Sadam ("pudiera comenzar una reforma cultural y política de una región que ha sido una incubadora de pestilencia anti-norteamericana") y el petróleo (pero "yo no comparto el punto de vista cínico de muchos opositores a la guerra respecto a que esta aventura no es más que la toma de un gigante petrolero").

Otro comentario, publicado esta vez el 18 de febrero[10], recomendaba contrapesar el fracaso de la Administración Bush en vincular a Hussein con Al Qaeda, amplificando las "motivaciones altruistas" presuntamente sostenidas por los Estados Unidos para derrocar al líder irakí. "Sacar a Hussein del poder es una guerra de opción –pero es una opción legítima. Lo es porque él está socavando a las Naciones Unidas; lo es porque, si se le deja solo, él buscará armas que amenazarán a sus vecinos; lo es porque ustedes (el gobierno norteamericano) creen que el pueblo de Irak merece ser liberado de su tiranía; lo es porque ustedes intentan ayudar a los irakíes a crear un estado progresista que pueda estimular reformas en el mundo árabe/musulmán".

El altruismo como móvil político proporcionó al *New York Times* elementos suficientes para apostar a la que, presumiblemente, era la estrategia editorial menos riesgosa. A fin de cuentas, la guerra contra el terrorismo no ha hecho otra cosa que llevar a su máxima expresión una manera históricamente validada de representar las invasiones en el discurso político norteamericano. Para los Estados Unidos, desde los tiempos de su guerra contra España en 1898, presentar los conflictos bélicos como enfrentamientos entre "héroes salvadores" e "injustos villanos" ha sido un modo de sacarles partido, también, en el terreno simbólico.

3.2. Tío Sam, hazle caso a Gallup (la manipulación del clima de opinión a través de las encuestas).

El 28 de enero de 2003 George W. Bush dedicó al tema de Irak una parte significativa de su discurso sobre el Estado de la Unión. Como era de esperar, el presidente norteamericano aprovechó la ocasión para renovar sus acusaciones sobre el programa de armas químicas y biológicas presuntamente desarrollado por Sadam Hussein.

Al día siguiente, encuestadoras estadounidenses probaban la supuesta habilidad persuasiva de Bush. La cadena CBS citaba que el número de norteamericanos partidario de una guerra contra Irak había aumentado de 67 a 77%. Un sondeo de la ABC identificaba un público mayoritariamente favorable al derrocamiento de Sadam Hussein por la vía de las armas. La empresa Gallup estimaba en 84% los norteamericanos inclinados a apoyar una acción militar en el Golfo (Garcés, 2003).

Lo curioso era que las palabras de Bush no habían aportado ninguna evidencia novedosa para fundamentar las denuncias contra el régimen irakí. Las supuestas

[10]. "Tell the truth", *The New York Times,* 18 de febrero

capacidades del gobierno de Hussein para producir ántrax o agentes nerviosos VX, su aparente búsqueda de uranio en África a fin de fabricar armas nucleares y sus presuntas conexiones con Al Qaeda –todas razones descalificadas a posteriori como falsas–, venían siendo invocadas con mayor o menor fuerza por la Administración norteamericana casi desde los mismos sucesos del 11 de septiembre. Al parecer, la reacción de la opinión pública a la alocución de Bush respondía más a una articulada campaña de relaciones públicas en favor de la guerra, que a la calidad de los argumentos esgrimidos por el Presidente.

La semana siguiente al discurso sobre el Estado de la Unión, Collin Powell intervino ante la ONU con un propósito similar al del Jefe de la Casa Blanca. "Cada oración que yo pronuncie –decía entonces el Secretario de Estado norteamericano– está respaldada por fuentes, sólidas fuentes. No hay estimados. Lo que les daremos son hechos y conclusiones basadas en sólida información de inteligencia". Pero unos días después, Hans Blix, encargado del equipo de inspectores de Naciones Unidas, se mostraba escéptico frente a las pruebas de Powell, calificando muchas de sus descripciones sobre las presuntas operaciones ilegales irakíes como simples "actividades de rutina"[11].

Aún con sus falsedades, la intervención del Jefe de la diplomacia estadounidense fue de todas formas gananciosa en términos de espectáculo político. "(Ha sido) la prueba más poderosa hasta ahora de que Sadam Hussein desafía las resoluciones del Consejo de Seguridad" –decía al día siguiente el *New York Times*. "Irrefutable" –afirmaba convencido el Washington Post. Una encuesta de Gallup aseguraba el 6 de febrero que la mayoría de los norteamericanos consideraba concluyentes los argumentos del Secretario de Estado, pero al mismo tiempo admitía que sólo el 13% había seguido por televisión la mayor parte del discurso (Garcés, 2003). Al parecer, muchos de los que respondieron entonces basaron su criterio en el "clima de opinión predominante" más que en el resultado de sus propias convicciones.

Entre enero y marzo del 2003, el *New York Times*, como probablemente el resto de la prensa norteamericana, tuvo en las encuestas uno de los mecanismos más socorridos para generar consenso en torno a la guerra ("Las encuestas muestran un apoyo creciente del público a las políticas de Bush sobre Irak"[12], "cerca de 7 de cada 10 norteamericanos dicen que apoyan la guerra"[13], "Por un margen de 2 a 1, quienes vieron el discurso sobre el Estado de la Unión dijeron que Bush había convencido sobre la necesidad de emprender una acción militar"[14], "tres de cada 4 norteamericanos permanecen inconmovibles en su respaldo a Bush"[15]).

---

[11]. "Powell Calls for U.N. to Act on Iraq and Meets Deep Resistance", *The New York Times*, 15/02/2003
[12]. "Bush Meets War Council, Says War May Be Difficult", *The New York Times*, 22/03/2003
[13]. "Polls: Public's Support for War Holds", *The New York Times*, 24/03/2003.
[14]. "Polls: Bush Better on Iraq Than Economy", *The New York Times*, 29/01/2003.
[15]. "Bush's Peril: Shifting Sand and Fickle Opinion", *The New York Times*, 29/032003.

Pero más allá de la aparente objetividad de los números, la manera en que el periódico reportó muchos de los sondeos reveló una intencionalidad probélica, oculta ante los ojos del público. Un titular del 11 de marzo, por ejemplo, daba por hecho que "creciente número de norteamericanos respaldan la guerra", calculando que el 66% de los entrevistados la favorecía. Lo que el periódico no dijo es que una encuesta realizada en febrero había arrojado los mismos resultados y otras aplicadas en septiembre y noviembre del 2002 habían estimado en 68 y 70%, respectivamente, a los entusiastas de atacar Irak. En otras palabras: al contrario de lo reportado por el *Times*, la opinión pública norteamericana se mantenía estable en el tema de marras, o, incluso, su animosidad bélica había mostrado una ligera tendencia a la disminución respecto a los meses finales de 2002[16].

Otra forma de manipulación en los sondeos se deriva del tipo de preguntas –abiertas o cerradas– formuladas por el encuestador. A fines de enero de 2003, por ejemplo, Gallup reportaba un 52% del público norteamericano partidario de la guerra, luego de responder a la pregunta "¿usted aprueba o desaprueba remover a Sadam Hussein del poder por la vía militar?" Cuando la misma pregunta se formuló ofreciendo opciones –ir a la guerra con el respaldo de Naciones Unidas, o de los aliados europeos, o simplemente sin el apoyo de ninguno de esos dos actores, la aprobación a una acción unilateral del gobierno de Bush se redujo a un 39% (AEI STUDIES, 2005).

Una práctica similar evidenciaba el *Times* en su edición del 31 de marzo: por un lado, titulaba "El público detrás de Bush en la guerra contra Irak", estimando en 63% la cantidad de norteamericanos dispuestos a romper hostilidades; por otro, reconocía sólo en los párrafos interiores de esa información que el respaldo mencionado se convertía en 39%, si las Naciones Unidas se abstenían de dar su visto bueno a los ataques.

De cómo las preguntas de las encuestas contribuyen a asentar determinadas percepciones sobre el clima de opinión prevaleciente, dan cuenta los siguientes ejemplos:

a) Caso 1: sobre la supuesta aprobación del público norteamericano a la guerra contra Irak[*]:

[16]. El propósito de generar, a través de los titulares, un efecto de unidad en torno a las políticas del gobierno de los Estados Unidos pudo constatarse recurrentemente en la muestra analizada. "Thousands Gather to Back U.S. Troops and Policy" (23 de marzo), "Polls: Public's Support for War Holds" (24 de marzo), "Poll: Public behind Bush on Iraq war" (31 de marzo)

[*] El primero y el segundo ejemplos pertenecen a Gallup (www.gallup.com/poll/releases, consultado el 29 de enero y el 5 de febrero, respectivamente). El tercero corresponde a Greenberg Quinlan Rosner Research (Poll: Bush Has Solid Support for War, *The New York Times*, 15/03/2003).

¿Los Estados Unidos debieran invadir Irak cuando la Administración Bush decida o luego de que una nueva resolución de Naciones Unidas apruebe una acción militar?			
Fecha	Cuando Bush decida	Cuando la ONU lo apruebe	De ninguna manera
23-25/01/2003	39%	56%	5%*
31/03-02/02/2003	40%	33%	22%
3-4/03/2003	47%	37%	13%

Aunque la prensa norteamericana –y el *New York Times* dentro de ella– citaban frecuentemente resultados de encuestas con preguntas cerradas favorables a la guerra, los sondeos citados demuestran que el público condicionó su aprobación, en buena medida, a la autorización de Naciones Unidas. Incluso cuando la cantidad de estadounidenses "incondicionales" fue más alta (47%), quienes se oponían a una acción unilateral (37% + 13%) representaron un porcentaje mayoritario (50%). Teniendo en cuenta que la ONU nunca aprobó mediante resolución los ataques contra Irak[17], pudiera decirse, en rigor, que la mayoría del público de los Estados Unidos se opuso a la intervención militar.

b) Caso 2: Sobre la demonización de Sadam Hussein**

¿Usted cree que las siguientes afirmaciones son verdaderas o falsas?		
	verdadera	
	Oct. 2004	Feb. 2005
- Sadam Hussein tiene fuertes vínculos con Al-Qaeda	62%	64%
- Sadam Hussein ayudó a los secuestradores de los aviones del 11 de septiembre	41%	47%
- Varios de los secuestradores de los aviones del 11 de septiembre eran irakíes	37%	44%

Nótese cómo todas las opciones ofrecidas para valorar al líder irakí contribuyen a demonizarlo. Llama la atención igualmente que, entre octubre de 2004 y febrero de 2005, aumentó la cantidad de norteamericanos partidarios de vincular al gobierno de Irak con los atentados del 11 de septiembre, a pesar de que, una y otra vez, la información pública disponible sobre ese hecho negara la participación de irakíes.

* Este 5% responde a las personas que no tenían opinión. En el mes de enero Gallup no ofreció la opción "de ninguna manera" como alternativa posible para los entrevistados.

17. La resolución 1441, aprobada en noviembre de 2002, sólo establecía que el gobierno de Hussein se enfrentaría a "serias consecuencias" si no se desarmaba. Durante los primeros meses de 2003 se discutió la posibilidad de una segunda resolución aprobando explícitamente la declaración de guerra, pero los Estados Unidos renunciaron a votarla en el Consejo de Seguridad, ante el rechazo que las acciones militares encontraban en países como Alemania y Francia.

** Encuesta realizada por Harris interactive (AEI STUDIES: 2005: 97)

c) Caso 3: sobre las armas de destrucción masiva como justificación para el derrocamiento de Hussein.

¿Usted cree que los Estados Unidos podrán justificar la guerra sólo si encuentran armas de destrucción masiva (ADM) o la justificarán por otras razones, aún si las ADM no aparecen?		
Fecha	Se justifica con las ADM	Se justifica sin las ADM
20 de marzo 20 de 2003	35%	53%
3 de abril 3 de 2003	22%	69%
18-22 de junio de 2003	23%	63%
18-21 de diciembre de 2003	20%	63%

A medida que el descubrimiento de las armas de destrucción masiva fue menos probable –una vez ocupado Irak, carecía de sentido la tesis de que el gobierno de Hussein las ocultaba—varias encuestadoras comenzaron a indagar en el nivel de aceptación que encontraban dentro del público otras razones para justificar la guerra. Ya en marzo del 2003, un 53% de los norteamericanos aprobaba la intervención militar en Irak, aún si no se demostraba la existencia de ADM. En este sentido, la campaña de la prensa norteamericana sobre los presuntos atropellos del régimen irakí resultaba sin dudas indispensable para construir un argumento alternativo y compensar el fiasco de Bush en cuanto a los supuestos arsenales de Sadam. A las alturas del 14-15 de marzo de 2003, una encuesta de Gallup evidenciaba que el propósito de "liberar a los irakíes de su opresión" pesaba tanto dentro de las causas admitidas por el público para legitimar la guerra, como las armas de destrucción masiva que nunca aparecieron[18].

3.3. Pacifistas no, antipatriotas (La descalificación de las manifestaciones organizadas de opinión pública).

"No dejen que los pacifistas les confundan"–así decía en marzo de 2003 Glenn Beck, presentador de programas de radio y organizador de la campaña "Rally for America", en apoyo a los ataques contra Irak. "Sé que estamos enfrentando tiempos oscuros y terribles, pero ya veremos cómo estos tiempos mueren" –añadía Beck frente a una multitud en Richmond, reunida para contrapesar con sus protestas la visibilidad de las manifestaciones anti-guerra acontecidas en la propia ciudad.

La nota anterior, publicada por el *New York Times* el 25 de marzo,[19] fue tal vez la evidencia más elocuente durante los meses inminentemente previos a la guerra de la alianza estratégica del periódico con los intereses de la Administración Bush. Si se compara ese mismo reporte con otro publicado al día siguiente sobre el movimiento pacifista, es revelador el contraste entre el tratamiento "deificador" y "demonizador" ofrecido por el *Times*, en correspondencia con las exigencias de su línea editorial para cada caso.

[18]. "Americans Cite Weapons, Liberating Iraqis as Good Reasons for War Loss of American soldiers, innocent Iraqi life, highest rated reasons to oppose war", en www.gallup.com/poll/releases/pr030319.asp, consultado el 21/03/2003.

[19]. "Thousands Gather to Back U.S. Troops and Policy," *The New York Times*, 25/03/2003.

Criterios de comparación	**"Thousands Gather to Back U.S. Troops and Policy" (25 de marzo) (grupos favorables a la Guerra)**	**"Experts: Civil Disobedience Can backfire" (26 de marzo) (grupos favorables a la paz)**
Legitimidad / efectividad del movimiento	--"¿Qué estamos defendiendo? Estamos abogando por el amor a América, el apoyo a nuestras tropas y la defensa de nuestra tierra" (Randall Bloomquist, trabajador de radio) "A juzgar por los comentarios de veteranos, esposas, esposos, niños e incluso miembros del coro de una barbería, mucha gente comparte el sentimiento de Bloomquist". --El fiscal general de Virginia, Jerry Kilgore, aplaudió a las compañías y estaciones de radio por su posición, expresando: "el apoyo a América en tiempos de Guerra es algo para ser elogiado"	--``No creo que sea muy efectivo, al menos en este momento (Lawrence Wittner, historiador de la Universidad del Estado de Nueva York) "Es muy simbólico. No es que vaya a provocar un cambio de política, pero muestra que "yo estoy comprometido" (Adam Miles, 22 años)
Características de los manifestantes	--"Estoy seguro de que usted no verá aquí tiendas saqueadas o gente tendida en las calles" (Anthony Nardella, 49 años, Comandante de Marina retirado) --"Dios, armas y agallas hicieron a América. Mantengamos todo eso". El coro de la barbería, hombres con *blazers* negros autodenominados *The Virginians* entonaban melodías como "Este es mi país" (apego al patriotismo de los manifestantes) --El señor Witt cargaba una pancarta que decía "Sadam y Bin Laden aman a los manifestantes anti-guerra" (la descalificación del bando contrario)	--En San Francisco, donde grupos errantes bloquearon las calles, el asistente del Jefe de la Policía Alex Fagan consideró la situación como una "absoluta anarquía". Algunos motoristas y choferes que pasaban sonaron sus bocinas en solidaridad, pero otros los abuchearon o simplemente se enojaron por su frustración. --Cuando un manifestante anti-guerra bloqueó el Puente de Portland, Cecille Kelly se sentó detrás del volante con pensamientos desagradables: "Yo tengo todo el derecho de acceder a ese puente. ¡Ellos no tienen ideas de las cosas extremadamente importantes que debo hacer en mi vida y por qué puedo necesitar usar ese puente! --"Un riesgo (de la desobediencia civil) es que los manifestantes vayan a la cárcel y queden fuera de circulación por varios meses" (Historiador Larry Gara, del Wilmington Collage, en Ohio) --"Métodos menos confrontacionales de protesta pudieran funcionar mejor [...] De lo contrario, los militantes por sí solos podrían alejar a las personas" (Historiadora Katherine A. S. Sibley, de la Universidad Saint Joseph, en Filadelfia.
Legitimidad de su causa	--"Lo que me trajo aquí fue ver a los manifestantes anti-guerra en la TV. Tiene que ser descorazonador para nuestras tropas y para nuestro presidente" (R.C. Witt, electricista que presto sus servicios a las milicias por 2 años) --"Tenemos que apoyar a nuestras tropas y estar seguros de que el mundo sabe que no sólo hay manifestantes anti-guerra aquí" (Andrew Burns, organizador en Chicago de una protesta similar a la de Richmond)	--``Yo creo que los blancos no han sido probablemente bien escogidos (por los manifestantes)" --Lee Baca, Sheriff del Condado de Los Ángeles, ha advertido que estas protestas podrían recursos necesitados por la policía en su vigilancia del terrorismo.

El uso intencionado de las citas para estructurar y dar sentido a las noticias salta a la vista en el discurso del periódico. Mientras los partidarios de la guerra fueron implícitamente descritos por el *Times* como patriotas y personas pacíficas ("usted no verá tiendas saqueadas o gente tendida en las calles"), quienes se le opusieron representaban supuestamente la cara violenta o perturbadora de las marchas, cuyas acciones, además, no pasaban de ser esfuerzos inútiles ("no creo que sea muy efectivo", "es simbólico").

Algunos de los hallazgos encontrados por Todd GITLIN (1986) en torno a la trivialización, marginación y menosprecio de los grupos anti-establishment se pudieran extrapolar sin grandes riesgos al contexto de los meses previos a la guerra contra Irak y, de forma muy notable, a las semanas inminentemente precedentes. Enfatizando la supuesta "proyección violenta" de los grupos anti-guerra,

– "Siempre hay alguien que está tratando no de protestar, sino de ser arrestado. Ellos están tratando de crear un incidente"[20] (declaración de presentador de programas de radio).

– "Algunos grupos como Voces negras por la paz defienden una "estrategia de cierre" para detener la vida diaria, bloquear las principales carreteras, acceder a edificios públicos o lugares de encuentro y caminar en las afueras de escuelas y centros de trabajo"[21].

– "La tensión entre la policía y los manifestantes fue particularmente alta en San Francisco [...] Se convirtió en una situación fea [...] Ellos interrumpieron el tráfico"[22]

SUBRAYANDO LAS DISENSIONES EXISTENTES HACIA SU INTERIOR,

– "Mientras algunos manifestantes simulaban cargar cadáveres en sus bolsas, otros han argüido que la desobediencia civil no servirá a su causa y únicamente hará lucir antipatriotas a quienes protestan"[23]

– "El movimiento antiguerra está dividido sobre cómo responder al conflicto de Irak.

– Algunos son partidarios de actos visibles de desobediencia civil. Otros dicen que temen que mucha alteración aliene al público que ellos están tratando de captar"[24]

BANALIZANDO SU ACTIVISMO POLÍTICO Y SU COMPRENSIÓN DE LAS MOTIVACIONES PARA MANIFESTARSE,

– "1,000 manifestantes se reunieron, oyendo primero discursos anti-guerra y luego

[20]. "Thousands of Antiwar Demonstrators March in Manhattan" (*The New York Times*, 22/03/2003)
[21]. "Antiwar Movement Divided by Thoughts on Civil Disobedience" (*The New York Times*, 19/03/2003)
[22]. "Protesters Across the Nation Try to 'Stop Business as Usual'" (*The New York Times*, 21/03/2003)
[23]. "Antiwar Movement Divided by Thoughts on Civil Disobedience" (*The New York Times,* 19/03/2003)
[24]. idem.

a cantantes de karaoke"[25] (manifestación en Tailandia)

– "Los manifestantes anti-guerra llevaron a cabo vigilias, picnies, sesiones educativas y marchas"[26] (manifestación en Australia)

– "Lo que ellos (los escudos humanos en Irak) están hacienda realmente es ponerse a sí mismos y a otros en peligro por una causa insegura [...] En vez de parar la Guerra, están corriendo el riesgo de prolongarla y dilatar la agonía de la gente que vive bajo el regimen de Hussein, asi como incrementando el riesgo de las fuerzas armadas aliadas"[27]

Y ASOCIÁNDOLOS A SIGNIFICADOS ESTABLECIDOS PREVIAMENTE COMO NEGATIVOS EN EL IMAGINARIO DE LA OPINIÓN PÚBLICA,

– "ANSWER (Act Now to Stop War and End Racism) fue formada unos pocos días después del 11 de septiembre [...]. Algunos de sus líderes son parte activa del Workers World Party, un grupo socialista radical con raíces en la era soviética de Stalin. El Partido ha tomado posiciones que incluyen la defensa de los gobiernos irakí y de Corea del Norte, así como el apoyo a Slobodan Milosevic, antiguo Presidente de Yugoslavia, acusado de crímenes de guerra"[28]

el *Times* apostó a descalificar a los manifestantes, en consonancia con su tratamiento del tema en coyunturas análogas.

Tomando en cuenta los ejemplos anteriores, puede deducirse con facilidad por qué el 63% de la opinión pública de los Estados Unidos, según un sondeo aplicado los días 25 y 26 de marzo, compartía una imagen desfavorable de los activistas contra la guerra (AIE STUDIES, 2005: 122). Curiosamente, las compañías encuestadoras venían indagando desde los sucesos del 11 de septiembre sobre un supuesto sentimiento antipatriótico de los movimientos pacifistas –una encuesta de Gallup del 21/22 de septiembre de 2001 había arrojado que el 47% de los norteamericanos los consideraba antipatriotas– (AIE STUDIES, 2005: 122). Hacia marzo de 2003, casi la mitad de los estadounidenses estimaba que, mientras duraran los ataques a Irak, no debían permitirse protestas contra las políticas de la Administración Bush (AIE STUDIES, 2005: 120). Una vez más los sondeos prestaban un servicio distinguido al poder, al tiempo que permitían a los periodistas, iluminando los resultados de las *polls*, oscurecer en las noticias las marchas contra la guerra ("Aunque la amenaza de guerra ha producido un largo y vociferante movimiento de paz, las encuestas muestran que el apoyo a la guerra ha crecido la semana pasada[29]", "encuestas tomadas desde el comienzo de la guerra han mostrado una mayoría sustancial de norteamericanos apoyándola. Pero en las calles, ese respaldo ha tendido a ser ensombrecido por la oposición[30]").

---

25. "Global Protests Over Iraq Conflict" (*The New York Times*, 15/03/2003)
26. idem.
27. "Get Out of the Way" (*The New York Times*, 15/03/2003)
28. "Some War Protesters Uneasy With Others", *The New York Times*, 24/03/2003.
29. 90 U.S. Cities Have Passed Anti - War Resolutions, *The New York Times*, 13/02/2003.
30. "Thousands Gather to Back U.S. Troops and Policy", *The New York Times*, 23/03/2003.

Otra astucia puesta en práctica por los equipos de sondeos empezó a evidenciarse desde el inicio de las operaciones militares: preguntar si los entrevistados habían participado o no en demostraciones antibélicas. La respuesta era presumible en una población de 200 millones de habitantes: sólo 5 de cada 100 norteamericanos, según una encuesta de Gallup del 22/23 de marzo, había elegido manifestarse en las calles (AIE STUDIES, 2005: 121). El dato, sin embargo, podía ser interpretado de un modo distinto, considerando que el 5% de la población total de los Estados Unidos asciende a un 1 millón de personas, cifra que habla favorablemente de la dimensión del movimiento pacifista. Tales estimados carecieron de importancia para el Presidente George W. Bush, a juzgar por sus declaraciones del 18 de febrero, reproducidas por el *New York Times*: "considerar el tamaño de las protestas es como decidir hacer política sobre la base de un focus group[31]".

3.4. Judith Miller: "yo digo lo que me dicen" (La orientación editorial hacia las fuentes oficiales)

Cuestionada por reproducir acríticamente la mentira de las ADM en las páginas del *New York Times*, la periodista Judith Miller dijo meses después de terminada la guerra: "mi trabajo no es evaluar la información del gobierno y ser una analista independiente. Mi trabajo es decirle a los lectores del *Times* lo que el gobierno pensaba sobre el arsenal de Irak" (MASSING en SUÁREZ, 2005: 78). Lejos de tranquilizar a alguien, sus declaraciones arreciaron la polémica sobre la evidente complacencia del periodismo norteamericano con las falsedades en torno al tema irakí, emanadas desde los altos círculos políticos de Washington.

Durante las semanas muestreadas, pudo constatarse en el *New York Times* la subordinación del periódico y sus periodistas a las fuentes oficiales y, por extensión, a las visiones sobre el conflicto del gobierno norteamericano. La cuantificación de esas fuentes arrojó que su presencia constituyó el 88,4% de 162 informaciones examinadas (133 noticias más 29 notas interpretativas), mientras que las fuentes alternativas (organizaciones no gubernamentales, otros grupos miembros de la sociedad civil) representaron apenas el 11,6%. Dentro de las fuentes oficiales, quienes defendieron la postura bélica de los Estados Unidos casi duplicaron a los que mostraron una posición reticente o explícitamente desfavorable a ella, tal como puede apreciarse en el recuadro siguiente:

Semanas	Número de Notas		Fuentes Oficiales			Alternativas		
	Noticias	Análisis	Favorables	Desfavo.	Total	Favorables	Desfavo.	Total
22-29 Ene	25	7	81	33	124	0	10	10
05-12 Feb	51	5	106	58	164	9	17	26
12-19 Mar	57	17	132	79	211	4	24	28
Totales	**133**	**29**	**319**	**170**	**489**	**13**	**51**	**64**

[31] "Antiwar Protests Fail to Sway Bush on Plans for Iraq", *The New York Times*, 18/02/2003.

Obviamente, el comportamiento anterior no es privativo del *New York Times*, sino que investigaciones lo han documentado también en otros diarios o televisoras norteamericanas, durante el periodo previo a la guerra de Irak. Un estudio de la organización *Fairness and Accuracy in Reporting*, por ejemplo, llevado a cabo entre el 30 de enero y el 12 de febrero, con material de periodistas en cámara pertenecientes a las cadenas CBS, PBS, ABC y NBC demostró que de 393 fuentes analizadas, 267 provenían de los Estados Unidos y, de estas últimas, el 75% correspondía a militares o funcionarios de ese gobierno. Más que eso: de todos los entrevistados estadounidenses, sólo uno evidenció una posición reticente ante la guerra, mientras que el resto se mostró enfáticamente resuelto a apoyar las políticas del Presidente Bush[32].

3.5. La descontextualización deliberada de las noticias.

El 18 de febrero de 2003, *The New York Times* anunciaba que por lo menos 500 periodistas serían asignados a unidades de combate para cubrir en directo los ataques contra Irak, en un hecho no sucedido desde la Segunda Guerra Mundial y "en una escala nunca antes vista dentro del Ejército norteamericano"[33]. Era el nacimiento de los *embedded journalists* o periodistas incrustados, tal vez el ejemplo cimero de "la cultura promocional" desarrollada por los reporteros en sus coberturas de acontecimientos estrechamente vinculados al poder.

Como recuerda Jack Bratich, el término *embedded* se utiliza en las especialidades de Ingeniería Eléctrica y Computación para referirse a microprocesadores insertos dentro de equipos como hornos de micro onda o teléfonos celulares (Batrich, 2004: 240). De forma análoga, los *embedded journalists* fueron concebidos y entrenados por el Pentágono durante las semanas previas a la guerra de Irak para funcionar como "circuitos integrados" a los mandos militares.

Una investigación sobre su desempeño durante los tres días siguientes al estallido del conflicto demostró su utilidad instrumental al servicio del poder. Al analizar el contenido de 108 reportes trasmitidos por los periodistas incrustados en cinco televisoras norteamericanas (CBS, NBC, CNN, ABC y Fox News), la organización *Project for Excellence in Journalism* descubrió que el 94% de ellos eran factuales (sólo referidos a hechos), apenas el 3.7% contenían comentarios y el 1.9% exhibía algún tipo de análisis. El estudio demostró además que las cadenas reportaron en sus historias las operaciones militares más importantes, antecedentes y repercusiones de los combates e informaciones sobre el equipamiento militar norteamericano, pero nunca mostraron el drama de la guerra a través de sus heridos o muertos, ni examinaron seriamente sus causas o posibles consecuencias, ni realizaron el más mínimo cuestionamiento a las acciones emprendidas por los Estados Unidos[34].

---

[32]. "In Iraq Crisis, Networks Are Megaphones for Official Views", en http://www.fair.org/, consultado el 20 de octubre de 2006.

[33]. "Journalists Are Assigned to Accompany U.S. Troops", *The New York Times*, 18/02/2003.

[34]. "Embedded reporters: What are Americans getting?", en http://www.journalism.org/node/211, consultado el 2 de octubre de 2006.

Otra vez, el comportamiento anterior no es privativo de la televisión, sino que parece propio de un marco estructural de actuación de la gran prensa estadounidense. Entre el 2 de agosto y el 8 de noviembre de 1990, por ejemplo, mientras los Estados Unidos se preparaban para la Guerra del Golfo, el New York *Times* y el Washington Post publicaron 2472 y 1742 reportes sobre Irak respectivamente, pero pocas historias dedicaron algún párrafo a referir, como parte de los antecedentes del conflicto, las relaciones armoniosas sostenidas por el gobierno norteamericano con Sadam Hussein durante muchos años. Por el contrario, el contexto histórico propuesto en las noticias aludió generalmente al fascismo y a Hitler, como molde interpretativo de referencia donde se insertó la figura del presidente irakí (DORMAN, 1994: 67)

Con respecto a 1990, la actuación del *Times* en los meses previos a la guerra de 2003 evidenció nuevamente varias analogías. Cuando las informaciones incluyeron antecedentes, estos se encaminaron a reforzar la imagen negativa del líder irakí, cultivada sistemáticamente por el periódico ("El ataque químico de Halabja, uno entre 40 efectuados contra los propios irakíes, provee un vistazo de los crímenes que Sadam Hussein está dispuesto a cometer y el tipo de amenaza que él representa ahora para todo el mundo"[35]; "Saddam Hussein hizo un uso extensivo de armas químicas durante la guerra Iran-Iraq, causando un estimado de 100 mil bajas entre las tropas iraníes"[36]; "Saddam Hussein es una agresor que ha atacado cuatro países, utilizado armas químicas contra su propio pueblo"[37]), pero en todo momento se abstuvieron de recordar el respaldo y financiamiento otorgado por los Estados Unidos a Hussein, durante la época en que protagonizaba las acciones descritas por el *Times*. Sólo un comentario dentro de las tres semanas analizadas hizo referencia a las "relaciones encantadas" entre Washington y Bagdad, concentrándose más bien en el papel de Sadam, de conjunto con la Administración del ex – Presidente Kennedy, en el derrocamiento del entonces gobernante irakí Abdel Karim Kassen[38].

Un ejercicio de recuento histórico podría llevarnos a citar los siguientes hechos, como ejemplos elocuentes de la luna de miel vivida por los Estados Unidos y Gran Bretaña con Irak, mientras lo consideraban un aliado durante los años 80:

– Mediados de los 80: tanto la prensa británica como norteamericana elogian las políticas privatizadoras de la economía irakí implementadas por Sadam Hussein. Un documental británico trasmitido en los inicios de 1990 presenta al líder irakí como alguien que despierta miedo, "pero igualmente gran admiración" (KEEBLE, 1996: 87).

– Una encuesta de la empresa Harris pregunta en 1980 por países que podían constituir una potencial amenaza para los Estados Unidos. Apenas el 17% de los entrevistados menciona a Irak. Antes de la invasión irakí a Kuwait, la misma

[35]. "Bush Sees Little Hope U.S. Can Avoid War with Iraq", *The New York Times*, 15/03/2003.
[36]. "Biological and chemicals weapons would slow but not stop troops", *The New York Times*, 20/03/2003.
[37]. "The right war for the right reasons", *The New York Times*, 13/032003.
[38]. "A Tyrant 40 Years in the Making", *The New York Times*, 14/032003.

encuestadora indaga sobre las naciones responsables del terrorismo internacional, "además de Libia". Sólo un 1% de los entrevistados incluye a Irak dentro de sus respuestas (BENNETT, 1994: 44-46).

– Década de los 80: bajo el gobierno de Margaret Thatcher, el gobierno británico vende armas a Sadam Hussein, como parte de un salto en las exportaciones de armamentos vinculado al desarrollo de la industria militar inglesa (KEEBLE, 1996: 18).

– Primavera de 1982: La Administración del Presidente Reagan borró a Irak de la lista de naciones patrocinadoras del terrorismo, a fin de facilitar su venta de armas y material militar al régimen de Sadam Hussein (BENNETT, 1994: 67).

1983-1990: Los Estados Unidos suministraron importantes cantidades de alimentos como granos al gobierno irakí, con garantías de préstamos por 5 mil millones de dólares. (HERMAN, 1992: 51)

– En noviembre de 1984, Estados Unidos reanuda relaciones diplomáticas completas con Irak, a pesar de que meses antes había bloqueado la exportación a ese país de compuestos para fabricar armas químicas, ante las acusaciones de Irán de que dichas armas estaban siendo utilizadas contra su territorio, durante la guerra que involucró a ambas naciones (BENNETT, 1994: 52).

– 1988: El Departamento de Estado norteamericano se opuso a las sanciones propuestas contra Irak por el Congreso norteamericano, ante las denuncias de que el gobierno de Hussein había utilizado armas químicas contra los kurdos en su país (BENNETT, 1994, 55)

Como se ha sugerido antes, ninguno de los hechos anteriores, disponibles en un nivel elemental de búsqueda, aparecieron recordados en las páginas del New York *Times*.

3. 6. La espectacularización de la política

El primero de mayo de 2003, George W. Bush aterrizó de forma espectacular en el portaaviones Abraham Lincoln para anunciar la victoria de los Estados Unidos sobre Irak, en un hecho que venía siendo anticipado repetidamente por las más importantes cadenas de televisión norteamericanas. Custodiado por un gran cartel con la frase "Misión cumplida" y rodeado de soldados dispuestos a vitorearlo, el Jefe de la Casa Blanca dejó escuchar su sentencia: "Las principales operaciones de combate han terminado. En la batalla de Irak, los Estados Unidos y nuestros aliados han prevalecido" (KELLNER, 2004: 336).

Tres años después, el Secretario General de Naciones Unidas Kofi Annan alertaba sobre una posible guerra civil en ese país del Medio Oriente, "si los modelos de alienación y violencia actuales persisten por mucho tiempo[39]". El jueves 19 de octubre

[39]. Irak: Annan advierte sobre Guerra civil, en news.bbc.co.uk/hi/spanish/international/newsid_5358000/5358622.stm, consultado el 2/10/2006.

de 2006, el gobierno de los Estados Unidos informaba que el número de sus soldados muertos desde el estallido de la guerra ascendía a 2500 y reconocía la posibilidad de que esa cifra se multiplicara, como resultado de las acciones de la resistencia irakí[40].

Otra errática señal de euforia fue lanzada por la parte norteamericana en abril de 2003. Las imágenes de una estatua de Hussein cayendo al suelo en una céntrica plaza de Bagdad trascendieron velozmente como ícono del supuesto triunfo estadounidense. Aunque la escena mostraba a una multitud de iraquíes celebrando el acontecimiento en el lugar, análisis posteriores de las tomas de televisión demostraron que no eran tan numerosas las personas congregadas y que, dentro de ellas, figuraban incluso miembros del Congreso Nacional Irakí, organización opositora financiada por la CIA. Para el momento en que tales descubrimientos salieron a la luz, sin embargo, el derribo del monumento a Hussein, tal como lo captaran las cámaras, le había dado ya la vuelta al mundo.

Obviamente, la naturaleza mediática de los sucesos mencionados no es fortuita. En ambos casos, la escrupulosa selección de los planos trasmitidos y la intencionalidad del montaje escenográfico revelan la complicidad de la televisión con las élites políticas, no sólo para "reflejar" los hechos, sino para "crearlos" a imagen y semejanza de los intereses de poder[41]. En cierto sentido, pudiera sugerirse un retorno del "I make news", la célebre técnica puesta en vigor por James Gordon Bennett y Joseph Pulitzer en el siglo XIX, a fin de incrementar las ganancias de sus periódicos mediante la generación de hechos cuya espectacularidad los convertía en blancos indiscutibles de coberturas periodísticas.

Claro que, en su versión moderna, el "I make news" no parece depender tanto de las decisiones espontáneas de los dueños de medios, como de sofisticadas campañas propagandísticas dirigidas a presentar noticias supuestamente imparciales, pero en realidad sobrecargadas de la opinión impuesta por sus fuentes generadoras.

Sin dudas, la televisión lleva la delantera en la práctica de espectacularizar los acontecimientos, tan propia de la política contemporánea. Los códigos del audiovisual pueden contribuir en mucho a desproveer los hechos políticos de su naturaleza racional y reducirlos a piezas representativas de los formatos más sentimentales. John B. Thompson aprecia esta tendencia no como un problema episódico, sino como una norma de raíces estructurales, que tiene en el escándalo político su principal alimento. "El espacio público creado por los medios se ha visto ocupado por una especie de tertulia generalizada sobre las vidas privadas de los políticos y la propia política ha ido haciéndose paulatinamente más difícil de distinguir de los programas de entretenimiento" (Thompson, 2001: 330).

---

[40]. Irak: nueva ofensiva y más muertes, en news.bbc.co.uk/hi/spanish/international/newsid_5085000/5085076.stm, consultado el 2/10/2006.

[41]. Para una discusión más amplia del papel de la televisión en la espectacularización de los hechos políticos durante la guerra de Irak, ver "Media Propaganda and Spectacle in the War on Iraq: A Critique of U.S.Broadcasting Networks" (Kellner, 2004: 329-338)

Aunque los escándalos no suelen florecer en tiempos de guerra – la amenaza de peligro potencia la unidad entre los diferentes grupos de poder—la televisión y en general los medios apelan de todas formas a diversas estrategias para hacer de sus coberturas atractivos espectáculos. Ocultar la muerte de civiles, por ejemplo, no es sólo un procedimiento diseñado para des-dramatizar ante los ojos de la opinión pública los acontecimientos bélicos, sino también para respetar el carácter potencialmente lúdico y de entretenimiento contenido en las narraciones periodísticas.

Así lo demostraron las coberturas televisivas de la guerra de Irak, descritas así, en sus comienzos, por el *New York Times*:

> "Efímeras nubes nacidas del bombardeo de los edificios gubernamentales en Bagdad fueron mostradas una y otra vez, tanto como la escena de un marine rompiendo un afiche de Sadam Hussein rodeado de aldeanos iraquíes vitoreándolo. Columnas de tanques de la coalición avanzando fueron contrapuestas a columnas de soldados iraquíes rendidos, marchando con sus manos sobre sus cabezas.
>
> El corresponsal de la NBC David Bloom, con casco, chaleco antibalas y gafas trasmitió reportes en vivo desde un vehículo blindado. Otros actualizaron las noticias desde la cubierta de los portaaviones e incluso hablando a través de máscaras de gases. Algunos parecían tan captados por la adrenalina de la guerra y la emoción de acceder a ella, que parecían reporteros de deportes en el contexto de un Super Bowl". ("TV Watch: Showing 'Shock and Awe', but No Blood", *The New York Times*, 22/03/2003)

Pero la "adrenalina de la guerra" no formaba parte solo de los periodistas de televisión, sino que se había extendido a toda la prensa estadounidense y, dentro de ella, al propio *New York Times*. Un editorial publicado el 21 de marzo parecía dispuesto a dirigir las operaciones militares desde la redacción misma del periódico:

> "Reaccionando rápidamente a la información de que líderes irakíes estaban escondidos en un bunker, barcos norteamericanos dispararon cerca de 40 misiles desde el Golfo Pérsico y el Mar Rojo, y combatientes ocultos lanzaron bombas poco después. Fue un ejemplo impresionante de coordinación y precisión".
>
> [...] Las fuerzas de tierra deben alcanzar y proteger los campos de petróleo rápidamente.
>
> [...] La velocidad será igualmente decisiva en evitar ataques de misiles a Israel [...] Nada hará esta invasión lucir mejor que la evidencia de que es bienvenida por los propios irakíes. Así, deserciones masivas de los soldados irakíes y multitudes de civiles alegres saludando a los invasores como libertadores podrían ser buenas señales [...] Las armas de precisión serán útiles para circunscribir los daños a blancos militares".("How to Watch the War", *The New York Times*, 21/03/2003)

En general, la presentación de la guerra como espectáculo adoptó en el *Times* dos formas principales durante los primeros días de cobertura. Por un lado, realzó los adelantos tecnológicos y la superioridad militar de los Estados Unidos, con

descripciones cinematográficas de los armamentos más sofisticados empleados por los agresores:

> "Para defender sus fuerzas, los norteamericanos han desplegado los más avanzados sistemas Patriot, incluyendo el Patriot PAC-3, el más moderno sistema que sólo ahora es usado, y otras variantes actualizadas de interceptores. El misil PAC-3 destruye a los misiles en vuelo chocándolos, por medio de un buscador avanzado añadido al interceptor Patriot". ("Iraq May Use Mobile Launchers to Take Aim at Troops Moving North", *The New York Times*, 22/03/2003)
>
> "Cada blanco de los ataques del Pentágono es sometido a una minuciosa revisión. Usando un nuevo programa de computación sofisticado, los militares estiman el área de explosión de un arma particular y planifican los ataques en correspondencia con ese análisis, seleccionando el tamaño de la bomba, su ángulo de ataque, la hora del día para lanzarla, a fin de minimizar el riesgo de víctimas civiles". ("Rumsfeld Says Important Targets Have Been Avoided**"**, *The New York Times*, 24/03/2003)**.**
>
> "El paso espectacular de la invasión ha permitido a las fuerzas norteamericanas alcanzar los alrededores de Bagdad en solo 6 días y asegurar los campos de petróleo del sur, protegiendo a Israel de ataques de misiles y provocando relativamente pocas bajas". ("En Route to the First Big **Battle"**, *The New York Times*, 27/03/2003)
>
> "Al Norte de Irak, entre 400 y 500 irakíes han muerto, mientras que al sur las bajas oscilan entre 150 y 200. Estas fuerzas fueron dominadas por la superioridad del armamento de tierra norteamericano, incluyendo los tanques Abrams. No han sido reportadas bajas estadounidenses". ("Heavy Iraqi Losses Seen in Big Battle in Central Region**"**, *The New York Times*, 26/03/2003)

Por otro, consagró buena parte de sus esfuerzos a demostrar que, gracias al desarrollo tecnológico alcanzado y al cuidado puesto por las autoridades norteamericanas en dirigir los ataques hacia los blancos militares, el número de bajas civiles se reduciría al mínimo:

> "Militares de alto rango han evitado bombardear al menos tres docenas de blancos irakíes altamente priorizados por miedo de causar víctimas civiles, haciendo más difícil alcanzar algunos de los importantes objetivos de la campaña aérea" ("Rumsfeld Says Important Targets Have Been Avoided**"**, *The New York Times*, 24/03/2003); "ganar la guerra significa destruir al gobierno de Bagdad, pero también incluye un esfuerzo concertado para evitar el tipo de batalla urbana que pudiera enfurecer al pueblo irakí**". ("**In Nasiriya, Marines Find an Urban Fight They Didn't Want**"**, *The New York Times*, 24/03/2003)

A pesar de su silencio en torno al drama real de la guerra, un informe hecho público en octubre de 2006 daba cuenta del genocidio de la población irakí desde marzo de 2003 hasta esa fecha. La investigación, auspiciada por la Universidad John Hopkins de los Estados Unidos, aseguraba que por lo menos 650 mil personas habían muerto durante el periodo mencionado, lo que representa el 2,5% de la población irakí y un

promedio de 500 víctimas diarias[42]. En algo tenía razón Donald Rumsfeld cuando, pocos días después de desatado el conflicto, valoró así la cobertura ofrecida por los medios: "Lo que estamos viendo no es la guerra en Irak, sino apenas pedazos de ella"[43]

4. Referencias bibliográficas

AEI STUDIES IN PUBLIC OPINION

2005: "Public opinion on the war with Irak", en http://www.aei.org/publicopinion2, consultado el 20 de septiembre de 2006.

BOURDIEU, Pierre

2006: "La opinión pública no existe", en VV.AA.:*Comunicología. Temas actuales*. La Habana, Editorial Félix Varela.

BRYANT, Jennings y DOLF Zilmann

1996: *Los efectos de los medios de comunicación. Investigaciones y teorías*. Barcelona, Paidós Comunicación.

CASTELLS, Manuel

1998: *La era de la información. Economía, sociedad y cultura*. Madrid, Alianza Editorial.

CORNER, John

1995: *Television form and public address*. London, Edward Arnold (Hodder) Publications.

DADER, José Luis

1990: " Las teorías contemporáneas", en MUÑOZ ALONSO, A; MONZÓN, C. y ROSPIR, J. I.: *Opinión pública y comunicación política*. Madrid, Editorial Eudema, pp. 186-215.

FUNKHOUSER, G. R

1973: "The issues of the sixties: an exploratory study in the dynamics of public opinion", en *Public Opinion Quarterly*, 37, pp. 62-75.

GAMSON, W. A Y MODIGLIANI, A.

1989: "Media discourse and public opinion on nuclear power: a constructionist approach", en *American Journal of Sociology* 95, pp. 1-37.

GARCÉS, Raúl

2003: "¿Cómo los Estados Unidos convencieron a su opinión pública de la guerra contra Irak?", en: http://www.rebelion.org/imperio/030826garces.htm, consultado el 8/12/2006

---

[42]. Irak: "650 mil muertes" desde 2003, en http://news.bbc.co.uk/hi/spanish/international/newsid_6041000/6041116.stm, consultado el 11/10/2006.

[43]. TV Watch: Showing 'Shock and Awe,' but No Blood, *The New York Times*, 22/03/2003.

HABERMAS, Jürgen

1997: *Historia y crítica de la opinión pública. La transformación estructural de la vida pública.* Barcelona, Editorial Gustavo Gilí.

HALL, Stuart

1981: *La cultura, los medios de comunicación y el efecto ideológico. En: Sociedad y Comunicación de masas*. México, Fondo de Cultura Económica.

IYENGAR, SHANTO

1991: *Is anyone responsible? How television frames political issues*. Chicago, The University of Chicago Press.

IYENGAR, Shanto y ZINDER, Donald R.

1987: *News that matters*. Chicago, University of Chicago Press.

JACOBY, William G.

2000: "Issue framing and public opinion on government spending", en *American Journal of Political Science*, Volumen 44, pp. 750-767.

MARTÍN SERRANO, Manuel

1978: *La mediación social*. Madrid, Akal Editor.

MCCOMBS, Maxwell

1996: *Influencia de las noticias sobre nuestras imágenes del mundo*. Barcelona, Editorial Paidós.

MCLAREN, Peter y MARTIN, Gregory

2004: "The legend of the Bush gang: imperialism, war and propaganda", en *Critical Studies*, Vol. 4, No.3.

MCQUAIL, Denis

2000: *Introducción a la teoría de la comunicación de masas*. Barcelona, Paidós Comunicación.

1998: *La acción de los medios. Los medios de comunicación y el interés público.* Buenos Aires, Amorrortu Editores.

NOELLE-NEUMANN, ELIZABETH

1995: *La espiral del silencio*. Barcelona, Ediciones Paidós.

PRICE, Vincent

1992: *La opinión pública. Esfera pública y comunicación*. Barcelona, Paidós Comunicación.

SUAREZ, Ronald

2004: *El New York Times y la guerra contra Irak*. Tesis en opción al grado de licenciatura. Facultad de Comunicación. Universidad de La Habana. Tutor. Raúl Garcés.

THOMPSON, John B.

1998: *Los media y la modernidad. Una teoría de los medios de comunicación*. Barcelona, Editorial Paidós.

1993: *Ideología y cultura moderna. Teoría crítica social en la era de la comunicación de masas*. México. Universidad Autónoma Metropolitana.

TUCHMAN, Gaye

1978: *Making news. A study in the construction of reality*. New York, Free Press.

1973: "Making news by doing work: routinizing the unexpected", en *American Journal of Sociology*, Volumen 79. Julio de 1973. pp. 110-131.

1972: "La objetividad como ritual estratégico", en: http://www.ucm.es/info/per3/cic/Cic4ar12.htm, consultado el 5/03/2005.

SCHEUFELE, Dietram

1999: "Framing as a theory of media effects", en *Journal of Communication.* (Invierno de 1999). pp. 25-44.

VIDAL, José Ramón

2002: *Medios y públicos: un laberinto de relaciones y mediaciones*. La Habana, Editorial Pablo de la Torriente Brau.

WOODWARD, Bob

2002: *Bush at war*. Nueva York, Simon & Schuster.